

Comunidades campesinas colombianas y cambio climático

Intercambio de conocimientos para la producción agroecológica

El autor narra los desafíos que enfrentó para lograr que productores agropecuarios en su natal Colombia, busquen, acepten y adopten estrategias, tecnologías y políticas para abordar las consecuencias del cambio climático en la producción agropecuaria y adoptar alternativas de producción más amigables con el ambiente.

PALABRAS CLAVE:

Cambio climático,
Producción
agropecuaria,
Colombia,
Intercambio de
conocimientos,
Revolución verde

Knowledge exchange to promote agroecological production with Colombian peasant communities in the context of climate change

The author narrates the challenges he faced in getting agricultural producers in his home country Colombia to seek, accept and adopt strategies, technologies and policies to address the consequences of climate change on agricultural production and adopt more environmentally friendly production alternatives.

KEYWORDS:

Climate change,
Agricultural production,
Colombia,
Knowledge exchange,
Green revolution.

LUÍS CARLOS ESTUPIÑÁN APONTE

Ingeniero Agrónomo con Maestría en Intervención Ambiental con énfasis en Psicología y Sociología, docente en Producción Agroecológica de la Universidad Santo Tomás, en Bucaramanga, Colombia. Con experiencia en procesos sociales de organización campesina, gestión e implementación de proyectos productivos agroecológicos, incidencia ante instituciones públicas y privadas, gestión de conflictos socio ambientales y búsqueda de enlaces urbano-rurales.

ico

OS

ológica



PLANETA PAZ

INTRODUCCIÓN

Este documento forma parte de un escrito más extenso, elaborado en la Escuela de Sistematización de Planeta Paz, que se publicará con acceso libre en la página electrónica de Planeta Paz.. Con él busco reflexionar en torno al ejercicio profesional como ingeniero agrónomo, en aras de construir una perspectiva más amplia que permita aportar de la mejor manera posible en la práctica y difusión de la producción agroecológica con comunidades campesinas y estudiantes de ciencias agrícolas. Esto, guiado por las reflexiones

del maestro Germán Tovar Rodríguez (2023) plasmadas en su tesis doctoral sobre las dinámicas institucionales asociadas al proceso de transferencia de tecnología agrícola, y motivado por el equipo de Planeta Paz en Colombia, para proponer una reflexión “sentipensante” a la luz de los postulados planteados por Orlando Fals Borda en las dinámicas de trabajo con comunidades campesinas.

El ejercicio se enfoca en describir la confrontación que se produjo al abordar el trabajo rural inmediatamente después de finalizar los estudios universitarios, cuando

debí contrastar mi aprendizaje con las realidades ambientales, económicas y sociales en las que debía desarrollar mi labor profesional, lo que condujo a un vacío grande en mi capacidad de análisis y toma de decisiones técnicas para contrarrestar los problemas propios de los espacios donde debía realizar el trabajo técnico.

He buscado, a partir de esta idea, propiciar escenarios de análisis y de reflexión sincera frente a las dinámicas de formación y los mecanismos que permiten a los profesionales y neoprofesionales buscar alternativas conjuntas de solución con las comunidades rurales con las que se despliega el proceso de búsqueda de alternativas de desarrollo.

Considero pertinente este tipo de reflexiones para abordar la problemática del cambio climático, dado que existe una gran cantidad de información, de estrategias, de políticas públicas y de tecnologías cada vez más eficientes, pero la adopción de todo este conocimiento y de todas estas tecnologías pasa por un momento crítico relacionado con su difusión y aceptación en las dinámicas de producción rural. Entre otras razones, esto ocurre debido a los bajos niveles de confianza por parte de los productores hacia los técnicos y profesionales que intervienen en la mediación necesaria para construir alternativas más amigables con el ambiente, o con un mayor grado de adaptación de los efectos que ejerce el cambio climático en la producción agropecuaria, especialmente en la producción campesina.

PRIMERAS EXPERIENCIAS EN EL EJERCICIO PROFESIONAL

El compromiso creciente hacia las familias campesinas me llevó a decantarme por el trabajo en la Fundación San Isidro (FSI), organización campesina con una larga trayectoria en sectores rurales del departamento de Boyacá, ubicado en el nororiente colombiano. El trabajo surgió a partir de las labores de una religiosa católica —la hermana Teresa Segura— y varios sacerdotes, en el marco de la teología de la liberación y su compromiso con las comunidades rurales de Boyacá.

Con una estructura directiva compuesta por lideresas y líderes campesinos, la Fundación buscaba abordar diferentes dimensiones para trabajar en la formación de liderazgos campesinos de esta región del país. Para ello combinaba el trabajo en el campo artístico con el abordaje de la salud, la formación basada en valores cristianos, y la promoción y apoyo a diversos procesos de organización campesina. Esto se complementaba con capacitación y asistencia técnica para promover la

producción orgánica agropecuaria en las comunidades boyacenses que la Fundación acompañaba —y acompañó hasta hoy en día—.

A pesar de mi obvia inexperiencia, decidieron vincularme a sus labores. Aquí empezó un nuevo proceso de formación profesional, orientado ahora a partir de la mirada y la experiencia de campesinos que dirigían la organización, pues ellos estaban a cargo de administrar las granjas demostrativas que la Fundación tenía en diferentes lugares del departamento, con diversos pisos térmicos y distintas posibilidades de producción. La eventualidad de estar en espacios de decisión y administración liderados por campesinos me confirió una perspectiva nueva sobre las capacidades y conocimientos campesinos, al mismo tiempo que me significó un gran reto entrelazar su conocimiento, su percepción y orientación con los aportes técnicos que yo podría ir ofreciendo. En mis largos viajes con directivos de la organización compartíamos experiencias, escuchaba sus reflexiones y era testigo de su gran capacidad física para desarrollar diversos trabajos.

El primer gran “aterrizaje” a la realidad de producción lo tuve en una de estas granjas ubicadas al oriente de Boyacá, en el pie de monte llanero, un territorio de gran exuberancia por sus elevadas temperaturas y altos niveles de precipitación y humedad relativa. Para llegar allí se requería recorrer una considerable distancia, atravesar zonas de páramos —por carreteras obviamente destapadas, es decir, sin asfalto, y con frecuentes derrumbes— y con evidente presencia de actores armados —ejército, paramilitares, guerrilla—, que se encontraban en enfrentamientos frecuentes buscando el control territorial y de las comunidades allí asentadas, en esas lejanías. Esa región tenía una diversidad ecosistémica gigantesca, que solo había conocido en algunas salidas de la universidad. Mientras íbamos dejando atrás los pueblos y nos adentrábamos cada vez más en esas apartadas tierras, trataba de repasar mis clases de economía, de frutales, de pastos y forrajes, de fisiología vegetal. Buscaba encontrar, para proponer, posibilidades de producción que pudiesen desarrollarse en esas condiciones de distancia, difícil acceso, pobreza, numerosas dificultades de salud para sus habitantes y una topografía montañosa, además de estar en medio de un conflicto armado.

Al llegar a esa finca, muy cerca de la casa nos tropezamos con dos serpientes muertas. Con el pánico que les profeso a esos reptiles, hice acopio del poco valor que tenía —tampoco podía regresarme corriendo, como hu-

biese querido—. Ingresamos a la casa de la hacienda y descubrí, horrorizado, que el administrador, un campesino joven, disfrutaba coleccionando las cabezas de serpientes que colocaba en el corredor de la casa, la mayoría de las cuales eran muy venenosas. Si quería infundir temor, conmigo lo lograba completamente, al tiempo que mermaba la poca autoconfianza que podía tener en esos momentos y me llevaba de manera recurrente a la pregunta “¿qué hago aquí?”.

Ya debía iniciar mi trabajo técnico en medio de esa gran diversidad de especies, destinadas unas al autoconsumo —frutales, plátano, yuca, huerta, malanga—, afectadas por múltiples problemas fitosanitarios y nutricionales, y otras producciones, como los potreros, ubicados en laderas pronunciadas, para cría de ganado de doble propósito, con una alta presencia de helechos y de otras arvenses que afectaban el crecimiento del pasto. También debía recorrer (con mucho susto) los lotes de café, completamente enmalezados, afectados por plagas y enfermedades, y con una obvia baja productividad.

Me hallaba en una crisis muy fuerte; no sabía por dónde iniciar y hacia dónde encaminar las observaciones. Podía identificar problemas fitopatógenos; podía señalar indicadores de acidez y bajo contenido de nutrientes en los suelos; podía comprender algunas causas de los problemas de cada subsistema de producción. No obstante, había una multiplicidad de factores a manejar que me desbordaba terriblemente: En la granja había escasez de mano de obra y faltaban recursos para contratar; no había disponibilidad de insumos; había pocas herramientas para trabajar; y aunque se lograra superar esta problemática, la granja estaba muy alejada de centros para la comercialización de los productos. Tenía como misión, sin embargo, “mejorar la productividad y los ingresos” en esa granja.

Empecé entonces a dimensionar la necesidad de abordar los problemas de producción con una perspectiva más integral, considerando diferentes variables y, sobre todo, con la urgente necesidad de romper el gigantesco muro que se alzaba —desde los trabajadores y el administrador de la granja— frente al nuevo “doctorcito”, quien, sin tener experiencia, aparentemente venía a ordenar, evaluar o imponer su visión de cómo se debía hacer las cosas. Es decir, este no era un problema exclusivamente técnico, pues todas y cada una de las soluciones que trataba de construir, en cada línea de producción, se caían como las fichas de un rompecabezas sin armar, al no tener cubiertas las condiciones estructurales económicas, sociales o de mercado que

debían estar solventadas para proponer alternativas de mejora; y, sobre todo, al carecer de la opinión de las personas que venían trabajando desde hace tiempo en esas condiciones.

En ese momento era muy importante —aunque muy difícil— generar la confianza necesaria con el administrador y los trabajadores de la granja; confianza que no podía crearse sobre la base de los conocimientos y experiencias que yo no poseía, mientras que para ellos era muy importante que el profesional a cargo los tuviera. Independientemente de que pudiese esgrimir argumentos técnicos o científicos para las alternativas que planteaba, el no tener una trayectoria reconocida de experiencia de trabajo en campo generaba un rechazo explícito. A esto se sumaba mi real desconocimiento de respuestas para solventar algunos problemas concretos para los que ellos sí tenían las soluciones, pues ya las habían probado: conocían aquellas que les habían dado un buen resultado y otras que no les sirvieron, o sabían también gracias a experiencias de fincas vecinas.

Encontré entonces que debía buscar esa confianza a partir de mi disposición para aprender con ellos, para tratar de mostrarme como uno de ellos, capaz de realizar trabajos hombro a hombro, como un mecanismo para poner en evidencia la disposición de situarme en sus condiciones, sus dificultades, y de esta manera “aterrizar” las propuestas a partir de una comprensión real de la situación. Compartí labores como la limpieza de lotes de caña recién cortada, colocando las hojas en los entresurcos para evitar que salieran malezas antes de la brotación del cultivo y disminuir las posibilidades de fermentación de la plantilla de la caña, y me llevé un susto tremendo al ver que bajo la hojarasca se escondían y salían, agresivas, unas tarántulas enormes. Acompañé el deshierbe de un potrero grande, cortando la maleza y aprendiendo de su forma de organizarse para obtener un mayor rendimiento en la jornada de trabajo. En esta última, cuando ya iban terminando de deshierbar el lote, noté que la velocidad de trabajo disminuía y la labor se hacía más cuidadosa... hasta que empezaron a encontrar unas serpientes muy venenosas, que se acorralaban cada vez más en el espacio donde aún había maleza, a las cuales dieron muerte con susto y preocupación; me mostraron, así, los riesgos a los que se sometían diariamente en este trabajo de campo. En ese punto de la labor ellos me mantuvieron alejado, protegiéndome, pero sentí que les era muy importante que presenciara los riesgos a los que estaban expuestos, para que comprendiese sus dinámicas de trabajo. También quedó claro que al mostrar mi disposición a realizar

con ellos algunos trabajos físicos se fueron abriendo los espacios de confianza: dejaba de ser un doctorcito, a los que no les creían ni querían cerca.

Múltiples fueron los aprendizajes y las reflexiones recogidas durante el trabajo con la Fundación San Isidro, la combinación de reflexiones entre profesionales de diferentes disciplinas —como psicólogas, médicos, zootecnistas, trabajadoras sociales—, combinadas con las miradas de las y los líderes campesinos con mayor ascendencia en los espacios de decisión. En paralelo, dejé en mí una huella profunda la expresión de dolor y rabia que vi en la mirada de Luis Moreno, joven campesino que ejercía la presidencia de la Fundación, al encontrar en la orilla de una carretera solitaria a un padre que sostenía en brazos a su pequeño hijo, fallecido mientras esperaban algún transporte que los llevara al pueblo menos lejano para que lo atendieran en un centro de salud. Este cuadro aún me pesa en el alma, como escenificación del abandono histórico al que han estado sometidas las familias campesinas, al tiempo que refleja la actitud de todos ellos para luchar y salir adelante, como me lo mencionaba Luis Moreno al expresar que eso es aquello que lo motiva a diario para continuar trabajando sin descanso y tratar de cambiar esa situación.

De los desaciertos también se aprende. Se había construido un trapiche moderno para la época, dedicado a procesar la caña de las familias campesinas ubicadas en esas lejanas veredas,¹ buscando facilitar el acceso a la miel o la panela, que tenía importante peso en los costos de la economía familiar. No obstante, en la región no había tradición de sembrar caña y la oferta era muy baja para hacer moliendas, por lo que debimos iniciar la siembra de una hectárea de caña panelera. Cuando al fin estuvo lista para la producción, como no había personas en la región que supiesen de estos trabajos, debimos llevar de otra zona a campesinos expertos en la producción de panela. Sin embargo, al iniciar la molienda, se evidenció que las personas no tenían la disposición necesaria para realizar las labores en un tiempo prolongado. Tuvimos que trabajar día y noche, durante cuatro agotadores días, aprontando la caña, poniéndola en el molino, cargando bagazo y avivando el fuego, mientras los vecinos nos observaban incrédulos, seguros de que de la caña de esa zona no se podría obtener panela. Por último, a pesar del cansancio, fue hermoso ver a las familias que, gracias a la pericia de los maestros para darle punto a la panela, después de

haber entregado sus pocas cargas de caña para moler ahora recogían sus bultos, sus pimpinas de miel, felices y hasta orgullosas de la panela surgida de las cañas que habían cultivado.

Un aporte inmenso del trabajo en la FSI residió en la profundización conceptual y de experiencia en torno a las dinámicas de organización campesina y la producción orgánica de cultivos, así como en el análisis integral de sistemas de producción. Esto, debido a que este enfoque de producción es un pilar fundamental en la construcción de la soberanía alimentaria de comunidades campesinas y la producción agropecuaria sostenible, ya desde entonces inmersas en diversas prácticas que ayudan a la mitigación y adaptación a los efectos del cambio climático.

EL DIÁLOGO DE CONOCIMIENTOS Y LAS ACCIONES PARA ABORDAR EFECTOS DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Actualmente son múltiples las evidencias de los efectos del cambio climático en las dinámicas de producción agropecuaria, especialmente en la producción de comunidades campesinas, más vulnerables a padecer dichos efectos. A su vez, hay abundante evidencia científica, así como en los territorios, en torno a que una causa importante de la acumulación de CO₂ atmosférico es resultado de las prácticas enmarcadas en la denominada “revolución verde” —enfoque de producción establecido en todo el mundo, promovido por intereses de sectores económicos e industriales—, que plantea incrementar la obtención de alimentos y materia prima de origen agrícola a partir de la transformación de los sistemas de producción, impulsando el establecimiento de monocultivos con la aplicación de pesticidas y fertilizantes de síntesis química, a lo que se añade el uso de semillas de alto rendimiento. Esto ha redundado en el deterioro de suelos, la contaminación de aguas, la pérdida de diversidad y la afectación de la salud de productores y consumidores, entre otros problemas, todo ello sumado a la permanente y creciente dependencia de semillas e insumos por parte de los productores.

En efecto, desde hace más de cuatro décadas se vienen documentando los efectos, en la salud de productores y consumidores, de la aplicación de agroquímicos en el agua y en el suelo. Ya desde las décadas de 1960 y 1970 la ingeniera agrónoma austríaco-brasileña Ana Primavesi (1920-1920) comenzó a documentar los efectos, en las especies silvestres, de la aplicación de insecticidas y otros agrotóxicos. Posteriormente, durante el mayor auge de la revolución verde, se presentaron

1 En Colombia, “cada uno de los sectores rurales en que se divide un municipio” (ACL 2012).

evidencias relacionadas con la pérdida de productividad de los suelos —con afectación a sus organismos y microorganismos—, y con las secuelas que la deriva de estas aplicaciones acarrea para la salud, no solo de los productores sino también de las comunidades que sufren los efectos generados.

Desde entonces surgen un sinnúmero de propuestas de producción alternativa que consideran la posibilidad de desarrollar producción agropecuaria, y de manera simultánea, lograr la conservación del agua, del suelo, la biodiversidad y, por supuesto, la salud de productores y consumidores de estos alimentos con bajo o ningún residuo de pesticidas.

Sin embargo, las ventajas comparativas de las empresas multinacionales productoras de agroquímicos y semillas “mejoradas” —que, con su poder económico, articulan sus actividades comerciales con el sistema de ciencia y tecnología, e involucran según sus intereses a los centros de educación y formación de técnicos y profesionales agropecuarios— generan una capacidad gigantesca para ofrecer sus productos, apoyadas en un sistema de investigación, formación y extensión dedicado a promover la producción mundial de alimentos con el uso de estos productos de síntesis química. Con ello, transforman la cultura productiva, así como la capacidad de observación y de análisis de los productores, al mismo tiempo que minan los saberes ancestrales que se transmitían de generación en generación para generar productos agrícolas y pecuarios conservando de manera sostenible los recursos disponibles.

De todo esto se deduce la importancia que tienen las interfases de diálogo e intercambio de conocimiento entre técnicos y productores, como base fundamental para que realmente se adopten alternativas de producción respetuosas con el ambiente y, que al mismo tiempo, permitan incorporar acciones de transformación de prácticas productivas para adaptarse a los efectos del cambio climático, disminuyendo la vulnerabilidad y contribuyendo a una creciente captura de carbono, con los múltiples beneficios que esto encierra para todo el planeta.

Se requiere la formación crítica de profesionales con un sólido conocimiento técnico; capaces de comprender el entorno socioeconómico y político en el que las comunidades campesinas desarrollan sus actividades productivas; y prestos a reconocer los saberes acumulados por los productores a lo largo de generaciones, de modo que todo esto le permita tener una dispo-

ción profundamente respetuosa, dispuesta a aprender y des-aprender, para construir de manera participativa las dinámicas de transformación en la producción, articuladas a procesos de valor agregado y comercialización de los productos.

El asunto no es solo buscar incrementar o cualificar la producción. Debe abordarse, de manera simultánea, la mejora de los recursos disponibles —como agua suelo y diversidad—, así como atender las prioridades particulares y comunitarias de las familias productoras, para que este ejercicio de acompañamiento técnico realmente tenga posibilidades de ser sostenible.

Partiendo de las diferentes corrientes alternativas para la producción agropecuaria —que pasan, entre otras, por la agricultura orgánica, la agricultura regenerativa, la agricultura de sol y malezas, y por supuesto, la producción agroecológica— se han construido diversos pilares para el desarrollo de una producción sustentable, respetuosa con recursos como la biodiversidad, el agua, el suelo y aire, y que al mismo tiempo fortalecen la capacidad de resiliencia de los sistemas de producción frente a los efectos del cambio climático, contribuyendo, de manera simultánea, a la construcción de la soberanía alimentaria en los territorios. De ahí la importancia de enriquecer los escenarios de diálogo respetuoso y la construcción de conocimientos entre productores, técnicos y profesionales que intervienen en este proceso. **T**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACL, ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA (2012). *Breve diccionario de colombianismos*. Cuarta edición. Bogotá: ACL. <https://n9.cl/0m5sy>

PLANETA PAZ, “Seguridad ambiental territorial con mujeres campesinas e indígenas”, volumen 1, Bogotá, agosto de 2023. www.planetapaz.org

TOVAR RODRÍGUEZ, Germán (2003). “Estudio etnográfico de la institución de transferencia de tecnología agrícola: mediaciones y sobredeterminaciones”, tesis de doctorado. Universidad Complutense de Madrid, <https://n9.cl/u5f77>